

JOSE HERNANDEZ DIAZ

Iconografía de Sto. Tomás de Aquino

El 7 de marzo de 1274 comenzó a vivir la verdadera Vida de la Eternidad Tomás de Aquino, religioso conventual dominico. En el momento del tránsito contaba tan sólo 49 años; mas, no obstante, dejaba tras sí una estela ejemplar de santidad y un fecundo magisterio a través de sus obras, lecciones, predicación y actuaciones públicas.

El Pontífice Juan XXII le canonizó en Aviñón en 1323; otro Papa, S. Pío V, lo proclamó Doctor de la Iglesia Católica en 1567, confiriéndole honor semejante a los Padres latinos, San Gregorio, San Jerónimo, San Ambrosio y San Agustín, y recientemente Pío XI lo proclamó asimismo como "Doctor Común", aunque ya se le tenía por tal desde su época, es decir, maestro para todos los tiempos y hombres.

Sus obras fueron numerosas y trascendentales; destaca sobremedera la *Summa Teologica*, que desde entonces y hasta ahora sigue adoctrinando, como fuente inexhausta, a cuantos se acercan a ella. Tan extensa y profunda era su ciencia que en la Bula de canonización se hizo constar que era más infusa que adquirida.

Los Padres Conciliares de Trento encontraron en la *Summa* un arma poderosísima contra los herejes. El luterano Bucer afirmó: *Tolle Thomann et dissipabo Ecclesiam* ("Haced desaparecer a Tomás y disolveré la Iglesia").

Figura en su vida la sensacional noticia de que en cierta ocasión, y cuando estaba en extática actitud oracional, le habló el Crucifijo del siguiente modo: *Bene scripsisti de me Thomas, quam mercedem postulas?*, a lo que el Santo respondió: *Non aliam nisi te, Domine* ("Bien has escrito de Mí, Tomás, ¿qué deseas?" "Tan sólo a Ti, Señor").

El rey francés Luis IX —San Luis— le consultaba siempre sobre los asuntos de gobierno, sometiendo a su consideración los temas más graves, las vísperas de la reunión del Consejo.

Su maestro, San Alberto Magno, por milagrosa revelación, tuvo conocimiento del fin de su vida terrenal en el mismo momento del óbito, manifestando que era FLOR DEL MUNDO Y LUZ DE LA IGLESIA.

Por lo que significó y significa, por ser Patrón de las Universidades españolas y de la intelectualidad católica, filosófica y teológica, merecen plácemes la Universidad hispalense y la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, por esta conmemoración jubilar del séptimo centenario de su muerte; aunque no haya sido acertada la designación del disertante, que actuó en nombre de ambas Corporaciones (*).

Profeso, en la Sección de Arte de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, la disciplina de *Iconografía*, además de mi cátedra de Historia del Arte Español; por ello he juzgado conveniente y oportuno estudiar la *Iconografía del Doctor Angélico*, a través del Arte, espiando en escuelas y artistas los valores iconográficos de las representaciones. Otra cosa no podía hacer por mi falta de preparación, y aun ésta sometida a mis grandes limitaciones.

Pero antes de entrar directamente en el tema, creo necesario recordar de su biografía lo que nos sea preciso para entender las versiones artísticas.

* * *

Santo Tomás formó parte de una familia de doce hermanos, siendo el menor de los varones.

Nació en el castillo de Roccasecca, en el territorio de Nápoles, perteneciente al Principado de Sicilia.

Su padre, el Conde Landulfo, era de origen lombardo; su madre, de la familia Caraccioli, de ascendencia normanda.

Epoca de turbulencias político-religiosas, destacan las luchas entre Güelfos y Gibelinos (partidarios del Papado o del Imperio, respectivamente), como secuela de la querrela de las Investiduras. En este tiempo fueron sonadas las colisiones entre el Pontífice Gregorio IX y el Emperador Federico II.

Recordemos al efecto que la excomunión pontificia significaba la dispensa del juramento de fidelidad de los súbditos a su señor y la declaración del territorio gobernado por éste como "Res nul-

(*) Sobre este tema dictó una conferencia el autor de las presentes notas, en el Salón de Honor del Rectorado, en acto organizado por la Universidad y la Real Academia (7-III-1974), ilustrada con numerosas diapositivas de las obras que se citan.

lius" y por tanto la posibilidad de ser ocupado por otro Príncipe o Jefe cristiano.

El Conde Landulfo era Gibelino, guerreó continuamente en unión de seis de sus hijos varones (Rinaldo fue, además, el primer rimador en la versificación italiana); mas las circunstancias políticas determinaron que varios de éstos fueran pasados por las armas por conspirar contra el referido monarca.

Siguiendo la costumbre generalizada en la Edad Media de ofrendar a la Iglesia al menor de los hijos varones, su padre llevó a Tomás al Monasterio de Monte Cassino, donde ingresó como Oblato a los cinco años; sin duda pretendía, además, que en un futuro no lejano llegase a regentar la Abadía de tan importante cenobio benedictino y con ello influir en el campo de los Güelfos. Allí comenzó su formación espiritual y humanística, siguiendo ciertamente la metodología propia del "Trivium" (Gramática, Retórica y Poética) y del "Cuadrivium" (Aritmética, Geometría, Música y Astronomía).

Las cosas no salieron a la medida deseada, pues, por las rivalidades político-religiosas, Tomás de Aquino y parte de la Comunidad hubieron de marchar a Nápoles, donde el joven oblato asistió en su Universidad, fundada por el citado Federico II, a los conocidos "cursus" donde estudió Lógica, Cosmología y aprendió la famosa prosa rimada que se basa en el acento de las palabras más que en la numeración silábica. Allí se impartían enseñanzas en Artes, Derecho (civil y canónico), Medicina y Teología.

Ingresa en la orden dominicana y ello le ocasiona graves contratiempos familiares al ver frustrados los planes; sus hermanos le apresan, le conducen al castillo de Roccasessa, se le sustraen los hábitos de novicio, intentando forzarle a que use la cogulla benedictina, sin conseguirlo, y ponen a prueba su vocación y su fe introduciendo en su cuarto a una ramera, a la que pone en fuga con un tizón encendido, trazando en la pared el signo crucífero. La tensión ha sido tremenda ante la diabólica estratagema y en sueños vio que unos ángeles bajaban del cielo portando un cingulo blanco, símbolo de pureza, que ceñían a su cintura, librándole la Providencia de las tentaciones carnales y quedando también como patrono de la Castidad. Yo he contemplado en Vercelli el cinturón que la tradición refiere en torno a este episodio.

Al fin se fuga por una ventana del encierro familiar y ya parece que no fue molestado más por sus parientes, pudiendo entonces seguir la santa tarea propuesta; mas debido a sus relevantes condiciones de todo orden, le fue ofrecido por la Santa Sede el arzobis-

pado de Nápoles y la Abadía de Monte Cassino (no obstante ser fraile mendicante dominico), que rechazó sin titubeos. Fue Teólogo Consultor pontificio, por lo cual tenía que desplazarse frecuentemente siguiendo a los Papas y a la corte.

Estudió además en Bolonia, París y Colonia; su gran maestro fue San Alberto Magno, Obispo dimisionado de Ratisbona, llamado el Doctor Universal.

Enseñó en París como Bachiller Bíblico, primero, Bachiller Sentenciario, después, y a los 31 años —a pesar de que se exigían 35 de edad— se le confirió el grado de Maestro en Sacra Página, obteniendo así la plena "Licentia docendi" y dictando la lección inaugural o Principium.

Dictaba a veces a varios amanuenses; destacando al efecto su fiel compañero Fr. Reginaldo de Priverno y el donado Fr. Santiago de Salerno.

* * *

Difícil la encrucijada ideológica del medievo europeo. De una parte se conocían los textos de los Padres de la Iglesia Oriental y del Areopagita, vertidos por la diligencia de Escoto Erigena (s. IX); de otra, los cuatro libros de las "Sentencias" de Pedro Lombardo (s. XII) se habían introducido difícilmente, mas llegaron a imponerse en las Universidades, al menos hasta el siglo XVI.

Pero la lucha se planteaba con encono entre platónicos y aristotélicos. Por un lado los platonizantes acogidos a la sapiencia y a la autoridad de San Agustín, peleaban ferozmente contra el condenable aristotelismo propugnado por el filósofo musulmán cordobés Averroes (s. XII), gran conocedor también de Astronomía, Medicina y Leyes. Guillermo de Sancto Amore era en el tiempo que nos ocupa el paladín de los primeros, conocidos con el nombre de gerardinios; Siger de Brabante, el de la filosofía propugnada por los musulmanes.

Surgen las Ordenes mendicantes y con ellos sus Teólogos, Canonistas, etc. Militan entre los franciscanos Alejandro de Hales, el Doctor Irrefragable y su discípulo Juan de Fidanza, el inmortal Doctor Seráfico San Buenaventura, que también falleció el propio año de 1274. Estos siguen fundamentalmente la filosofía platónica, aferrado a ella en el Trecento el famoso Doctor Sutil, Duns Scoto, hermano de hábito de ambos.

Los dominicos, en cambio, se alían al aristotelismo para lo cual

consiguen buenas traducciones del Estagirita —que realizó el competente helenista Fr. Guillermo de Moerbeke, religioso de la Orden—, amén de la tarea realizada por la escuela de Traductores de Toledo. Debemos mencionar entre ellos al catalán San Raimundo de Peñafort, gran canonista, Patrono de las Facultades hispánicas de Derecho y autor de la "Summa Raimondiana", que indujo al de Aquino a escribir la "Summa contra Gentiles"; el colosal San Alberto Magno, que poseía una ciencia tan extensa y profunda, que de él se afirmaba todavía en la época medieval: "Iluminaste al mundo, porque supiste todo lo que se puede saber", ya que fue un gran naturalista, introduciendo el método de observación experimental, astrónomo, geólogo, químico, hábil destilador, conocedor del uso del agua fuerte y del arsénico, y logró separar en el crisol los metales preciosos de las impurezas; y por todo ello tutela las Facultades de Ciencias de nuestro país; y su discípulo Santo Tomás, que profesó en Colonia, París, Nápoles y en otros centros docentes.

La obra de éstos fue conciliar la doctrina aristotélica y otras fuentes paganas con la Verdad Revelada, iniciando la tarea por el Organon o escritos de Lógica, siguiendo luego por los de Física, Ética, Metafísica, etc.

Francisco de Asís y Tomás de Aquino suponen una revolución, en lo existencial y en lo mental, respectivamente; son como anverso y reverso de una moneda, de la misma moneda, como pilares de una época gigantesca de esfuerzos renovadores y realizaciones permanentes.

Precisamente el Aquinatense comenzó a escribir la "Summa Teologica" en 1266 ó 67, cuando mayor era el fragor de la lucha entre averroístas, platónicos agustinianos y aristotélicos; obra que dejó inconclusa cuando redactaba el tratado de "Sacramentos".

En 1264 había escrito, por encargo del Papa Urbano IV, el oficio de la festividad del Stmo. Corpus Christi, en el que a las alturas del místico y del profundísimo teólogo, manifestó las cadencias de su estro poético en himnos de la categoría universal del "Pange lingua" o del "Tantum ergo", de plena vigencia litúrgica aún en nuestros días.

No faltaron luchas en las Universidades, con intervención de policías, con la secuela de muertos, heridos, contusos, huelgas de escolares y de docentes, interrupciones violentas de las disertaciones magistrales, etc., etc. Incluso el Santo fue acusado y condenados algunos de sus escritos (20 de sus proposiciones se considera-

ron heréticas por el Obispo de París en 1277), más por la violencia y poder de los oponentes que por la estructura de sus proposiciones.

Se sabe que desde que entró de Oblato en Monte Cassino tuvo una grave preocupación: preguntarse "¿Qué cosa es Dios?". Toda su vida fue un intento de respuesta; mas el 6 de diciembre de 1273, celebrando misa en Nápoles, tuvo una visión celestial y dejó de escribir, no obstante las insistencias de Fr. Reginaldo; acosado a preguntas para que razonase el motivo de su inacción, respondió: "No puedo, no se puede escribir después de haber visto a Dios".

Su ciencia no fue tan extensa ni tan profunda como la de su maestro San Alberto; pero tuvo el carisma providencial de la síntesis. Fue mucho lo que innovó en el pensamiento cristiano al incorporarle lo mejor de la filosofía pagana (aristotelismo, fuentes platónicas, escritores romanos y árabes), que depuró de sus errores conservando intacto el tesoro de la tradición dogmática.

Es curioso citar aquí la semblanza de Dante Alighieri, en su "Divina Comedia", comparando a los hermanos San Buenaventura y Santo Tomás: "El uno (San Buenaventura) fue todo seráfico en ardor; el otro (Santo Tomás) fue por la sabiduría un esplendor de luz querúbica en la tierra".

El Cardenal Besarion, gran teólogo oriental del Concilio de Florencia, calificó al de Aquino diciendo que "no menos entre los santos doctísimo, que entre los sabios santísimos".

Su biógrafo, Guillermo de Tocco, ha señalado las "novedades" que introdujo Tomás de Aquino, inspirado por Dios.

* * *

El tan justamente nombrado "Ángel de las Escuelas" tenía 1,90 metros de estatura, su cuerpo era recto, grueso, de voluminoso cráneo, con calva en la región frontal, bien proporcionado, de color trigueño acusado (nota paterna, propia además de los meridionales italianos), de distinguido porte, afable, cortés, servicial y sonriente. Las frases "magnus, grossus, brunus", definen físicamente al personaje.

Muy sobrio en su vida; no comía ni bebía más que una sola vez cada jornada y al mediodía, olvidándose a veces, por lo que Fr. Reginaldo tenía que actuar con él a modo de nodriza. Amante de la pobreza, de profunda oración, tan prudente que en ocasiones le llamaban "Prudentissimus frater Thomas".

Acusada sensibilidad, profunda y rápida inteligencia, memoria

prodigiosa, muy equilibrado, insaciable curiosidad, laborando sin descanso. Buscaba afanoso las producciones de las librerías para actualizar sus conocimientos.

Abstraído y taciturno, silencioso en extremo de forma que es muy sabido que en Colonia le llamaban "el buey mudo de Sicilia", frase apostillada por San Alberto diciendo: "este buey algún día mugirá y el mundo lo entenderá". A este efecto es conocida la anécdota de que estando en cierta ocasión comiendo con el rey San Luis, sumido en profundo mutismo, súbitamente dio un gran golpe en la mesa mientras gritaba: "Esto es concluyente contra los maniqueos", haciendo el monarca comparecer a un amanuense para transcribir la argumentación del buen fraile, su consejero.

Su recreo era pasear solitario por el claustro o la huerta conventual, erguido, la cabeza levantada, elevados los ojos, en profunda meditación.

Las notas dominantes de la vida espiritual del fraile de Aquino fueron ciertamente *Sabiduría, Caridad y Paz*.

* * *

Los símbolos parlantes en la iconografía del Aquinatense son los siguientes:

Pluma y libro, en que escribe, alusión a su numerosa producción escrita, de quien es Patrón de la Teología y Teólogos católicos.

Sol en el pecho, sobre su albo hábito dominicano y capa negra con esclavina. Un fraile dominico de Brescia tuvo una visión en que Santo Tomás aparecía junto a San Agustín, el pecho ornado con un gran sol que esclarecía a la Iglesia. A veces el sol lo porta en la mano.

Sol sostenido por cadena dorada. Probable alusión a la "Catena aurea", una de las obras aquinatenses. El sol simboliza en este caso la ciencia de las cosas divinas.

Alas (por llamarle Doctor Angélico).

Birrete doctoral y Pequeña maqueta de templo, como Doctor de la Iglesia.

Cáliz, Copón, Ostensorio, por su ferviente devoción eucarística y autor del Oficio litúrgico del Corpus.

Lirio y cingulo blancos, por su castidad.

Crucifijo con banderola y la inscripción "Bene scripsisti...".

Mitra episcopal o abacial, por haber rechazado el Arzobispado de Nápoles y la Abadía de Monte Cassino.

Capelo, por haber sido uno de los pilares de la Iglesia.

Paloma, que vuela cercana a su oído, símbolo del Espíritu Santo, por su ciencia infusa.

Ventana por donde escapó de Roccasessa para seguir la vida religiosa.

Mujer impúdica, que exoneró de su habitación, con un tizón ardiente.

Buey, alusión al mote con que le señalaron en Colonia, por su lentitud, mutismo y tamaño.

En la vida del Santo, de Otto Venius, figuran el sol, la paloma, un libro del que salen serpientes, una tiara con inscripción "Quod articulos, tot miracula" referida a la Summa, y la frase atribuida a Bucer, "Tolle Thomann...".

* * *

En la iconografía medieval ejerció gran influencia el libro "Meditaciones sobre la vida de Jesucristo", atribuido durante algún tiempo a San Buenaventura, aunque se piensa pudo ser obra de un franciscano italiano del siglo XIII, que en algún lugar se le llama Juan de Caulibus y también es conocido como el Pseudo Buenaventura.

En el breve recorrido tomasiano a través del Arte, podemos distinguir varios aspectos: Su representación individualizada, misión augusta, desarrollo biográfico, su patronazgo y la Apoteosis del Santo.

En el monasterio dominicano de San Marcos, sito en Florencia, auténtico museo del Beato Angélico de Fiesole († en 1455), está representado Santo Tomás en un tímpano ojival, en media figura frontal, con sol y libro, y formando parte (sol) de una escena de la Crucifixión, en la Sala Capitular, con diversas figuras representativas, en esas anacronías exegéticas a que fueron tan propicias las Ordenes religiosas; y de una secuencia mariana, con santos, en el templo de Santo Domingo.

En un retrato procedente del palacio ducal de Urbino, figura el Santo (media figura) contando con los dedos (*computus digitalis*), muy propio de la época. Formó parte de una serie iconográfica familiar de los duques de Urbino, y de humanistas y sabios eminentes, ejecutada por los grandes pintores Pedro Berruguete y Justo de Gante (1470), que se compenetraban tanto artísticamente que es difícilísimo diferenciar las tareas singulares urbinatenses.

El propio Berruguete nos ha ofrecido en el retablo principal de la iglesia abulense, puesta bajo la advocación del Santo Doctor (1510), un retrato del Ángel de las Escuelas en que está disertando, sin duda, sobre el Misterio Eucarístico, pues porta en su mano izquierda un tabernáculo o baldaquino que cobija un Cáliz y la Sagrada Hostia, mientras que con la diestra está como en parlante actitud; sobre el pecho, la cadena y el Sol.

El gran escultor granadino Pedro de Mena y Medrano ejecutó, en el coro catedralicio malagueño (h. 1652), una magnífica serie iconográfica, de la que forma parte el Aquinatense —espléndido alto relieve muy cuidado, con modelo del natural, frente a otros realizados más en serie— en actitud escritoria con mirada en alto, Sol en el pecho y pisando una figuración herética, que puede ser la de Averroes, según es frecuente en estas representaciones.

Tomás Sierra lo ha representado en la Colegiata de Villagarcía de Campos, sedente en sillón frailerero del siglo XVII, ante una mesa cuajada de libros, escribiendo, la mirada en alto, en extática actitud.

En la Pinacoteca Virreinal mejicana se conserva otro retrato del Angélico en media figura, escribiendo, condecorado con sol y cadenas y sirviéndole de fondo unos anaqueles con infolios de obras originales suyas; su autor fue el pintor Alonso López de Herrera, fallecido hacia 1654.

Con relación a su biografía citaremos nuevamente el retablo mayor de la iglesia conventual dominicana de Santo Tomás, en Avila (1510), donde el referido Pedro Berruguete ha narrado con maestría escenas llenas de verdad que acreditan el conocimiento de tan excelsa personalidad. Una de ellas es la imposición del hábito blanco de la Orden al joven postulante de rodillas, ante la presencia de otros religiosos dominicos que en contraposto muy acusado presentan las albas vestimentas de un lado y las capas negras en el opuesto, marcando así no sólo el profundo dramatismo de la escena, sino su notorio sentido narrativo. En otra "historia" se muestra en el "scriptorium" conventual al joven Tomás sedente ante un bufete, dictando a un amanuense (¿Fr. Reginaldo de Priverno?), y manifestando su sorpresa ante la aparición de los Santos Pedro y Pablo que, según versiones fidedignas, le dictaban con cierta frecuencia; asimismo contrastan valores pictóricos albos y oscuros para caracterizar el valor de la aparición. Un tercer cuadro efigia al Angélico de hinojos mirando al Crucifijo colocado en el altar, y ante él un libro abierto (¿la Summa?) quizás escuchando devotamente la divina frase "Be-

ne scripsisti...”, que valoraba su sobrenatural quehacer; juego cromático de acusado valor, incluso con un fondo perspectivo que acentúa el primer plano desmesurado. Una cuarta tabla interpreta la imposición por los ángeles del cingulo de castidad, genuflexo el joven novicio y en extática actitud. Es curioso advertir, salpicados en todas estas historias, los elementos del mudejarismo, reconocibles en Alfargues, pavimentos, decoración de indumentaria, etc., y el destacable aire goticista que se comprueba en conceptos y morfología.

El inmortal Velázquez ha interpretado también la escena del cingulo de pureza en una maravillosa pintura que se admira en la catedral de Orihuela (Alicante). Sitúa la historia en el interior de una habitación con rica chimenea marmórea compuesta a lo Serlio y en ella el Santo de rodillas con hábito y capa, en actitud casi de desmayo, sostenido por un ángel que le conforta y evita su caída, mientras otro en pie tras él sostiene en comba la blanca cinta acreditativa de su triunfo en el tremendo trance carnal; por una puerta trasera se ve huir a la joven protagonista de la impudicia y unos elementos de naturaleza muerta (tizón ardiendo, banquillo, tintero y libros), completan la composición. Este cuadro fue atribuido a Nicolás Villacís y algunos críticos piensan incluso en sugerencias o colaboración de Alonso Cano, singularmente las figuras angélicas, magistralmente construidas y de soberbia expresión e indumentaria. Lo ejecutó el gran maestro sevillano a comienzos del cuarto decenio del siglo XVII, recién llegado de su primera estancia en Italia, en posesión ya de una madurez estética y artística, que preludian las obras geniales producidas en la quinta y sexta décadas de dicho período.

Una curiosa pintura procedente del convento de Santo Domingo de Santa Fe de Bogotá (Colombia), original de Gregorio Vázquez de Arce y Ceballos (1638-1711), presenta a San Alberto Magno en su cátedra explicando a sus discípulos Santo Tomás (sol y cadena), San Ambrosio de Siena y el Beato Fr. Jacobo de Alemania, quienes anotan con sostenida atención ciertamente la exégesis del Maestro de las Sentencias; en alto, y junto a una ventana plena de claridad, la Virgen y el Niño, por la que los dominicos sintieron filial y acendrado amor.

Para la iglesia hispalense de San Buenaventura, perteneciente al centro de formación anejo al convento Casa grande de San Francisco, Herrera el Viejo y Zurbarán pintaron una serie de lienzos que se desperdigaron por el mundo. En el que ahora nos interesa se retrata la visita del Aquinatense al Doctor Seráfico, inquiriendo

las fuentes de su prodigiosa formación y de sus escritos, descubriendo éste el Crucifijo como causa y origen de todos sus afanes espirituales y humanísticos. Zurbarán, en esta obra (1629), nos ha dado una versión magistral, profunda y entrañable, y en ella, libros, telas, naturaleza muerta, hábitos, en una palabra, el maestro que ya preludia la Apoteosis de Santo Tomás, fechada dos años después; desgraciadamente se destruyó en 1945 en el Museo de Berlín.

Veamos ahora las representaciones del Santo Doctor Angélico como Patrono o Abogado devocional:

En el Art Institute de Chicago se conserva el retablo del Canciller Pedro López de Ayala ejecutado por el Maestro de Quejana y procedente del monasterio de dicho lugar. Se puede fechar hacia 1396, fecha de su donación al cenobio, y en él aparece Santo Tomás con la mitra en la mano (alusión al rechazo del Arzobispado de Nápoles y a la Abadía de Monte Cassino), bendiciendo a doña Leonor de Guzmán, esposa del canciller, y a otra dama, que se identifican por las góticas inscripciones de las cintas. Muy góticas de concepto y fórmulas artísticas, se quieren ver en ella influjos franceses (el canciller Pedro López de Ayala fue Embajador en París de 1395 a 1396), otros toscanos —giotescos principalmente— y desde luego posee elementos de indudable iberismo.

El trecentista Lippo Vanny ejecutó un retablo-tríptico, que se conserva en la pinacoteca vaticana, donde Santo Domingo está acompañado de nuestro Santo y otro religioso de la Orden, en figuras frontales, hieráticas y de gran solemnidad.

También a veces se agrupan a los tres Santo Tomás: el Apóstol, el de Aquí y Becket, como ocurre en el cuatrocentista retablo de San Jorge de Wismar.

En la Capilla Caraffa del templo romano de Santa María Sopra Minerva, Filippino Lippi (1489) muestra una bella escenografía con la escena de la Anunciación —muy botticellianas las figuras de la Virgen y del Arcángel— y ante la Señora aparece arrodillado el Cardenal de dicha familia presentado por el Ángel de las Escuelas.

Muy interesante la pintura que se admira en nuestro Museo del Prado (h. 1492), en la que el Maestro de la Virgen de los Reyes Católicos (¿Miguel Sithium?) nos ofrece a la Madona con el Niño, entronizados, y a los pies retratos de don Fernando, doña Isabel, sus hijos don Juan y doña Isabel, el humanista Pedro Mártir de Angleria, representado como San Pedro de Verona, Fr. Tomás de Torquemada, inquisidor general, todos de hinojos, y en pie Santo Domingo y Santo Tomás, portando éste un pequeño edificio.

En el retablo de San Martín, existente en la catedral primada toledana —obra de h. 1500, con atribuciones a Francisco de Amberes, Andrés Florentino y Hernando del Rincón—, figura también el Ángel de las Escuelas, con pequeño edificio en la mano, componiendo con diversas figuraciones santas que se distribuyen en el políptico.

El Museo hispalense de Bellas Artes posee una tabla, fragmento de retablo, con el Santo condecorado con cadena y sol de oro, mirada extática a lo alto, acompañado de Santa Catalina de Siena; es obra manierística de fines del siglo XVI y puede atribuirse al círculo de Luis de Vargas.

Importantísimo el políptico original de Andrea Orcagna (1357), que se admira en el templo florentino de Santa María Novella. Lo preside el Pantocrátor, con la conocida mandorla de sentido latréutico, entregando un libro a Santo Tomás, postrado de hinojos, con una inscripción que dice: "Dignus est accipere librum et aperire signacula eius. Dedi tibi cor sapiens et intelligens".

En la cámara de la Signatura del palacio vaticano, Rafael Sanzio de Urbino pintó "La Disputa del Sacramento", como gran apoteosis eucarística (1508-12). En el lado de la Epístola del altar donde brilla el Ostensorio se halla un grupo de figuras en el que están los Padres de la Iglesia latina, San Gregorio, San Ambrosio, San Agustín, paramentados con pluviales, tiara y mitras, y con ellos San Buenaventura con capelo cardenalicio, Santo Tomás y otras figuras; hablan, discuten, consultan infolios, y a los pies un amanuense que toma notas en un rollo.

En 1628 Rubens hizo unos cartones para tapices, por encargo de la Infanta Isabel Clara Eugenia, Gobernadora de los Países Bajos, con destino al Monasterio matritense de las Descalzas Reales. Se conservan en el Museo del Prado, pintados sobre tabla, y mi maestro don Elías Torno los calificó de Apoteosis Eucarística. En uno de ellos figura en el centro de la composición Santa Clara de Asís portando un Ostensorio y a su lado el Doctor Angélico (sol en el pecho) platicando brazo en alto; entre ellos San Gregorio, San Ambrosio y San Agustín escuchando, y tras su figura San Jerónimo con capelo, consultando un libro, y San Norberto, fundador de los Premostratenses, con birrete y hábito canonicales. Hacia 1690 el granadino José Risueño, pintor y escultor, copió estos cartones —aunque interpretando el natural, con sentido de retratos— para el palacio arzobispal de la Ciudad de los Cármenes.

Y ahora nos toca ocuparnos de las Apoteosis, donde se exalta con toda justicia la figura del Santo de Aquino.

En la capilla de los españoles del templo florentino de Santa María Novella, se admira un fresco pintado hacia 1370 por Andrea Bonaiusti de Florencia, en que aparece sedente y mayestático el Aquinatense, cobijado por aparatosa hornacina, con el libro de la Summa abierto sobre sus rodillas y a sus pies los tres herejes que él había confundido, o sea, Arrio, Averroes y Sabelius; a derecha e izquierda Moisés, San Pablo y los cuatro Evangelistas, como representantes de la antigua y la nueva Ley. En bajo los símbolos de las artes liberales simbolizados por los más ilustres representantes cristianos y paganos.

El trecentista Francisco Traini nos ha legado otra importante Apoteosis en la iglesia de Santa Catalina de la ciudad de Pisa. La composición es tripartita: en la zona principal, formando como un primer término desmesurado, aparece un tondo donde figura el Santo, sedente, con el texto objeto de la Summa; a derecha e izquierda, Platón y Aristóteles en actitud erecta, y a los pies, casi tendido, Averroes. En la parte superior el Pantocrátor, inscrito en la simbólica Mandorla, de cuya boca salen rayos dirigidos a seis figuras que leen o escriben (¿Profetas? ¿Evangelistas?) y el Aquinatense; en el plano de tierra numerosas figuras miniaturizadas con hábitos y atributos diversos, en actitud contemplativa.

No menos significativa es la pintura que se expone en el Museo del Louvre, original del cuatrocentista florentino Benozzo Gozzoli. También está dividida en tres zonas: en la principal Tomás de Aquino (sol en el pecho y la Summa), sedente, entre Platón y Aristóteles, en el rompimiento de gloria el resplandor mayestático del Padre con los Evangelistas en su entorno; en la línea de tierra numerosas figuras, que se nutren de la doctrina emanada del Angélico.

Pero la más importante de todas es la realizada por Francisco de Zurbarán en 1631 para la capilla del Colegio hispalense de Santo Tomás. En la línea de tierra varias figuras genuflexas, cuales Carlos I, el arzobispo Deza y seis religiosos dominicanos. En la parte superior una parte destacada en la composición centrada por el Santo (sol y cadena en el pecho), en extática actitud y en disposición de escribir en un gran infolio que sostiene con su brazo izquierdo; sedentes en torno a él, los Padres de la Iglesia latina, San Gregorio, San Jerónimo, San Ambrosio y San Agustín, paramentados con ricos pluviales, tiara, mitras, capelo y capisayo, respectivamente, con libros abiertos y como en sacra conversación. En los

ángulos superiores, Cristo portando la Cruz y la Virgen en el lugar de honor, San Pablo y Santo Domingo en el lado opuesto. Magnífica síntesis de la doctrina del Santo: la Ciencia infusa dimanada de Jesús Redentor, la gracia por intercesión de la Corredentora, ataviada con la túnica de color jacinto y manto azul celeste, símbolos de la pureza; la maravillosa exégesis paulina, la doctrina de los Santos Padres y todo ello con la presencia de Domingo de Guzmán, portador de la ortodoxia ante los herejes albigenses. ¡Si la obra, artísticamente, es de suma perfección por aunar valores tectónicos, plásticos y, singularmente, pictóricos, desde el punto de vista sagrado es un auténtico tratado de Teología!

* * *

Antes de terminar creo conveniente exponer muy brevemente algunas ideas sobre la estética y el arte según el escolasticismo-neoaristotélico-tomista, ya que esta mentalidad fecundó el estilo gótico.

Ante la "*Recta ratio factibilium*", el Doctor Angélico manifiesta que "el arte no requiere que el artista obre bien, sino que haga cosas bien hechas".

Al definir la belleza, lo hace diciendo: "*Id quod visum placet*", o también, "resplandor de la forma sobre las partes proporcionadas de la materia".

Acorde con la filosofía del Estagirita y con su teoría del conocimiento, expone que "es preciso que el alma saque de lo sensible todo su conocimiento", y en sus comentarios a las Sentencias de Pedro Lombardo, al referirse a la pastoral y a una auténtica liturgia de la palabra, razona en el sentido de que "el sentimiento piadoso podía ser estimulado mejor por la vista que por el oído".

Todo ello, unido al sentido de la fraternidad universal predicada por San Francisco de Asís y sus hijos, lleva al naturalismo propio de la Baja Edad Media, al inequívoco amor por la Naturaleza, al afán de interpretar sus innumerables matices expresivos, etcétera.

Francisco de Asís y Domingo de Guzmán, con sus famosos teólogos, escrituristas, juristas, etc. —Alejandro de Hales, San Buenaventura, Duns Scoto, de una parte, y de otra San Alberto Magno, Santo Tomás y San Raimundo de Peñafort—, son los pilares en que se cimentan las ideas básicas de la Baja Edad Media.

Cierro estas deshilvanadas letras, con el honor debido al gran Santo Tomás de Aquino, el fraile innovador, con vocación guerrera, casi un revolucionario, el más grande de los arquitectos del espíritu, en cuya obra se incluye lo que comprendemos por la razón y creemos por la fe.

Que su amor a la Verdad aliente nuestra actividad intelectual; que el rigor de su metodología fecunde nuestra pedagogía; que su santidad nos lleve a la perfección de vida. Necesitamos la presencia de Tomás de Aquino en las aulas y en la Iglesia, para actuar intelectualmente en libertad.

El séptimo centenario de su tránsito, celebrado en un mundo en crisis, debe servir para serenar a los espíritus y que los humanistas, técnicos, filósofos, teólogos, juristas, etc., etc., encuentren la paz necesaria para una labor eficaz que nos redima de tantos reve- ses y sinsabores, contrarios al verdadero quehacer. Para ello hará falta leer y analizar sus obras, ya que hoy su pensamiento es punto menos que desconocido.

JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ



Fra Angélico: *Virgen y Santos*. Florencia. Iglesia de Santo Domingo.



F. de Zurbarán: *Apoteosis de Santo Tomás*. Museo de Bellas Artes. Sevilla.
(Fot. Laboratorio de Arte).



F. de Zurbarán: *Santo Tomás de Aquino* (pormenor). Museo de Bellas Artes. Sevilla.



D. Velázquez: *Santo Tomás de Aquino*. Orihuela, Catedral.



D. Velázquez: *Santo Tomás de Aquino* (pormenor). Orihuela. Catedral.



P. de Mena: *Santo Tomás de Aquino*. Málaga. Catedral.